

# NEW LEFT REVIEW 111

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - SEPTIEMBRE 2018

## ARTÍCULOS

ROBIN BLACKBURN	El proyecto de Corbyn	7
SIMONE WEIL	Meditaciones sobre un cadaver	40
KAREEM RABIE	Rehacer Ramala	48
TROY VETTESE	Congelar el Támesis	70
JIWEI XIAO	¿Reunión tardía?	97
MARCO D'ERAMO	Auge y caída del periódico	121

## CRÍTICA

TARIQ ALI	El turno de Yemen	139
ALEXANDER ZEVIN	Un conformista crítico	151
LEONARDO IMPETT	Prometeo cableado	163

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

## INTRODUCCIÓN A

### SIMONE WEIL

*De las tres pensadoras más notables nacidas en el siglo pasado, Simone Weil (1909-1943) era un año menor que Simone de Beauvoir, y esta a su vez poco más de un año menor que Hannah Arendt. Nacida en una familia judía secularizada en París, se declaró bolchevique a la edad de diez años, y demostró ser una estudiante brillante, primero en el elitista liceo Henri IV y luego en la École Normale Supérieure. Allí, después de escuchar una homilía patriótica del sociólogo Célestin Bouglé –seguidor de Durkheim, tan admirado hoy día por los «liberales sociales» franceses–, se levantó y leyó un discurso de 1912 del entonces primer ministro Raymond Poincaré, quien llevó al país a la Primera Guerra Mundial dos años después, en el que abogaba por una invasión de Bélgica. A Bouglé, estupefacto ante aquella exposición de hipocresía de la Entente, no se le ocurrió mejor respuesta que anunciar que eran las 12 del mediodía y hora de almorzar, una respuesta que de inmediato se convirtió en una leyenda en la escuela. Cuando Weil aprobó su agregaduría en filosofía en 1931, Bouglé se aseguró de que a la «Virgen Roja», como él la llamaba, no se le permitiera enseñar en una ciudad industrial como ella había solicitado. Fue enviada a Le Puy, un remanso rural, donde pronto destacó no obstante por su actividad junto a los sindicatos locales y sus artículos en La Révolution prolétarienne, un diario libertario de izquierda editado por militantes expulsados del Partido Comunista. En 1932 viajó a Alemania en vísperas de la toma del poder por los nazis y a su regreso redactó un informe en diez partes sobre la situación política del país, condenando la pasividad del SPD y la ceguera sectaria del KPD frente al ascenso del fascismo. Su opinión al respecto se correspondía con las advertencias de Trotski en aquellos meses, pero era más perspicaz al cuestionar la idea de que Hitler era poco más que un instrumento del gran capital y dudar de que la clase obrera alemana todavía estuviera en condiciones de resistirse a su toma del poder, un hecho consumado para cuando apareció su última entrega a finales de febrero de 1933.*

*Seis meses después publicó un balance pesimista de las perspectivas de la política proletaria en general. El capital había alcanzado los límites de su reproducción, pero la Revolución Rusa había dado a luz a un régimen burocrático que no tenía nada que ver con el socialismo, el nazismo había triunfado en Alemania y el New Deal estadounidense no ofrecía más que una variante tecnocrática del capitalismo autoritario. A un amigo le había escrito después de regresar de Berlín: «Las insurrecciones del tipo de la Comuna son*

admirables, pero fracasan (y si bien es cierto que el proletariado es mucho más fuerte de lo que era entonces, también lo es la burguesía). Las insurrecciones del tipo de la de Octubre de 1917 pueden tener éxito, pero lo único que hacen es reforzar el aparato burocrático, militar y policial; y en este momento los movimientos no violentos como el de Gandhi parecen simplemente una especie bastante hipócrita de reformismo. Y todavía no conocemos ningún cuarto tipo de acción». Y concluía: «En todo el planeta no ha existido nunca ningún Estado de los trabajadores, excepto durante unas pocas semanas en París en 1871 y tal vez algunos meses en Rusia en 1917 y 1918. Por otro lado, desde hace casi quince años reina sobre más de una sexta parte del globo un Estado tan opresivo como cualquier otro, que no es ni capitalista ni un Estado obrero. Ciertamente, Marx nunca previó nada similar, pero ni siquiera Marx es más valioso para nosotros que la verdad». Así y todo, siguió dando clases de marxismo en la sede sindical más cercana, aun cuando Trotsky la denunciara por su regresión a un liberalismo individualista, atacando la «melancolía revolucionaria» en la que parecía haberse hundido ahora. Weil no se ofendió y organizó dos meses más tarde para Trotsky una reunión secreta en un piso en París propiedad de sus padres, en la que los dos siguieron discutiendo ferozmente. Sin embargo, Trotsky les dijo a los Weil al día siguiente: «Puedes decir que la Cuarta Internacional fue fundada en vuestra casa».

Gran admiradora de Luxemburg, Weil nunca había compartido no obstante su confianza en la espontaneidad del proletariado y en 1934 había dejado de depositar sus esperanzas en los sindicatos con los que había colaborado. Decidida a retirarse de toda actividad política, se despidió de la enseñanza para entrar a trabajar en una fábrica, no solo para experimentar de primera mano la condición proletaria, sino para ver si había otras formas de transformarla distintas a las que se habían probado hasta entonces. Antes de hacerlo, redactó un largo ensayo que irónicamente presentó como su testamento, «Réflexions sur les causes de la liberté et de l'oppression sociale», concebido como un balance crítico de la teoría marxiana de la historia y los movimientos que había inspirado, y como una teoría de las luchas por el poder, no solo por la propiedad, que según ella había descuidado, y de las tiranías contemporáneas de la burocracia y la tecnología que no podía haber previsto. Solo tenía entonces 25 años. El cambio al trabajo en la fábrica la dejó heurísticamente decepcionada y el advenimiento del gobierno del Frente Popular en 1936 políticamente fría. Pero la gran oleada de ocupaciones de fábricas que estalló unos meses más tarde la llenó de alegría y comenzó a informar desde la planta de Renault donde había trabajado y mantenía una revista. Aquel verano se unió a la milicia de la CNT en la Guerra Civil Española, pero un

accidente la dejó inapta para el servicio. De vuelta a Francia atacó la actitud colonial de su país en Indochina, Madagascar y África del Norte, como casi nadie en la izquierda quería hacer en aquel momento. En los últimos años antes de la Segunda Guerra Mundial, bregando con la creciente amenaza del Tercer Reich, primero adoptó y luego renunció a un pacifismo que, después de Munich, ya no podía basarse en las lecciones de 1914. Cuando la Wehrmacht entró en París en 1940 escapó con sus padres hacia el sur, encontrando un precario refugio en Marsella.

Allí, en los dos años siguientes, se convirtió al catolicismo, concebido en un registro místico irregular cuyas primeras premoniciones había sentido en unas vacaciones en Portugal en 1935. Mientras trabajaba como granjera, y más tarde para la Resistencia, sus energías intelectuales se volvieron ahora hacia las cuestiones religiosas —no solo a los textos cristianos, sino también egipcios, hindúes y budistas— y se volcaron en la filosofía, donde como helenista consumada su interés se extendía desde los presocráticos a Platón, por no hablar de Homero y Pitágoras, junto con una aversión al judaísmo —¿no celebraba el Antiguo Testamento el exterminio de los amalequitas y otros pueblos?— que sería una espina para sus admiradores póstumos. En la primavera de 1942 ella y sus padres obtuvieron visados para viajar a Estados Unidos, llegando a Nueva York vía Casablanca en julio. Allí pasó el verano llena de impaciencia por unirse a las operaciones de la France Libre en Inglaterra, deseo que logró en noviembre con la ayuda de Maurice Schumann, un viejo compañero de clase del liceo Henri IV, que luego sería ministro, senador y promotor de la integración europea. En Londres sirvió en el equivalente en el exilio al Ministerio del Interior bajo el socialista André Philip, redactando resúmenes de informes sobre Francia y propuestas de planes constitucionales para su futuro político después de la Liberación, que incluían una enérgica crítica de la ideología de los derechos humanos que se estaba poniendo de moda entonces. Trabajando día y noche, en el hogar y en la oficina, en cuatro meses Weil produjo una cantidad prodigiosa de textos antes de cumplir 34 años, cuando murió —de tuberculosis o anorexia— en el verano de 1943. Todos sus textos, salvo un puñado, estaban inéditos cuando murió.

Entre ellos estaba el borrador del artículo «Méditations sur un cadavre» que ofrecemos aquí. Este obituario del Frente Popular escrito a mediados de 1937 es una de las expresiones más elocuentes de su temperamento y sus tensiones políticas. Presentando la renuncia de Blum en junio como un final categórico a aquella experiencia, en un momento en que el Frente todavía existía —no se disolvió hasta marzo de 1938— e iba a vertebrar de hecho el siguiente

gobierno, el veredicto inicial de Weil era aún más radical en una variante previa del borrador, que decía: «El gobierno del Frente Popular –el primero, y que seguirá siendo conocido por ese nombre– está muerto: ahora pertenece a la historia, es algo del pasado, como pudieron serlo los reinados de Antonino Pío o Calígula». Por un breve momento había invertido el orden de clase del discurso y el poder; pero a su frente estaba un líder dotado de todos los dones de la mente excepto la inteligencia política, completamente incapaz de dominar la relación inestable entre el equilibrio de las fuerzas sociales objetivas y los cambios en la imaginación colectiva. Eso no era una casualidad. La socialdemocracia nunca había producido ni un solo espíritu libre; como cualquier otro de su clase, Blum carecía de la mínima chispa de cinismo que constituye una condición de la claridad política. La propia imaginación colectiva carecía igualmente de voluntad –solo los individuos podían poseerla–, pero definía los parámetros de la acción política, y solo quienes pudieran dominarla con frialdad, como un director de orquesta, podían llevar a cabo las reformas efectivas que se hicieron posibles por un momento. Los dogmas marxistas del progreso no eran una base para tal juicio; Maquiavelo era un mejor maestro. Cuando Weil escribió esto, no había en Francia ningún candidato visible para desempeñar ese papel; pero desde su posición de izquierda, había esbozado con asombrosa precisión las habilidades con las que De Gaulle gobernaría su país en los años venideros.

SIMONE WEIL

## MEDITACIONES SOBRE UN CADAVER

*Proyecto de artículo, junio o julio de 1937*

**E**L GOBIERNO DE junio de 1936 ha dejado de existir. Liberados unos y otros de nuestras obligaciones de partidarios o adversarios hacia esta cosa ahora difunta, sustraída a la actualidad, convertida en algo tan ajeno a nuestras preocupaciones de futuro como la constitución de Atenas, saquemos al menos lecciones de esta breve historia, que ha sido un hermoso sueño para muchos y una pesadilla para algunos otros.

Sueño o pesadilla, había algo irreal en lo sucedido durante los últimos doce meses. Todo descansaba en la imaginación. Recordemos con un poco de frialdad esta prodigiosa historia, tan cercana aún, y ya, ¡ay!, tan lejana. Entre el mes de julio de 1936 y, por ejemplo, el mes de febrero del mismo año, ¿qué diferencia había en los datos reales de la vida social? Casi ninguna; pero cabía apreciar una transformación total en los sentimientos, como en ese crucifijo de madera que expresa la serenidad o la agonía según se mire desde un punto u otro. El poder parecía haber cambiado de bando, simplemente porque aquellos que en febrero solo hablaban para ordenar, podían creerse todavía demasiado felices en julio si se les reconocía el derecho de hablar para negociar; y los que, al principio del año, se creían encerrados para siempre en la categoría de quienes solo tienen derecho a permanecer en silencio, se imaginaban unos meses más tarde que el curso de los astros dependía de sus gritos.

La imaginación es siempre el tejido de la vida social y el motor de la historia. Las verdaderas carencias, las verdaderas necesidades, los verdaderos recursos, los verdaderos intereses, solo actúan indirectamente, porque no llegan a la conciencia de las multitudes. Se necesita atención para tomar conciencia incluso de las realidades más simples y las multitudes

humanas no prestan atención. La cultura, la educación y el lugar en la jerarquía social solo suponen una pequeña diferencia a este respecto. Cien o doscientos capitanes de industria reunidos en una sala forman una manada casi tan inconsciente como una reunión de trabajadores o pequeños comerciantes. Quien inventara un método que permitiera a los hombres reunirse sin que el pensamiento se apague en cada uno de ellos produciría en la historia humana una revolución comparable a la que aportaron el descubrimiento del fuego, de la rueda o de las primeras herramientas. Mientras tanto, la imaginación es y seguirá siendo en los asuntos de los hombres un factor cuya importancia real es casi imposible exagerar. Pero los efectos que pueden resultar de ello son muy diferentes según que se maneje ese factor de una manera u otra, o bien que se olvide incluso manejarlo. El estado de las imaginaciones en ese momento establece los límites dentro de los cuales la acción del poder puede ejercerse efectivamente y morder en la realidad. En el momento siguiente, los límites ya han cambiado. Puede suceder que el estado de ánimo permita que un gobierno tome cierta medida tres meses antes de que sea necesaria, mientras que en el momento en que lo es, el estado de ánimo la bloquea. Había que tomarla tres meses antes. Sentir, percibir permanentemente esas cosas es saber gobernar.

El curso del tiempo es el instrumento, la materia, el obstáculo de casi todas las artes. Si entre dos notas musicales una pausa se prolonga un momento más de lo necesario, si el director ordena un crescendo en ese momento y no un minuto después, la emoción musical no se produce. Que se introduzca en una tragedia en determinado momento una breve respuesta en lugar de un largo discurso, o en otro un largo discurso en lugar de una breve respuesta, que se sitúe el clímax teatral en el tercer acto en lugar del cuarto, y ya no hay tragedia. El remedio, la intervención quirúrgica que salva al paciente en cierta etapa de su enfermedad, podría haberlo perdido unos días antes. ¿Y el arte de gobernar sería el único exento de esta condición de oportunidad? No, está sujeto a ella más que cualquier otro. El gobierno ahora difunto nunca lo entendió. Sin mencionar la sinceridad, la sensibilidad, la altura moral que hacen que Léon Blum sea querido, y con razón, por quienes no están cegados por el prejuicio partidista, ¿se podría encontrar, en las esferas políticas francesas, un hombre de tal inteligencia? Y, sin embargo, le falta inteligencia política. Es como esos autores dramáticos que solo publican sus obras en forma de libro impreso; sus obras nunca se llevan a escena, porque las cosas precisas nunca se dicen cuando es necesario. O como

esos arquitectos que saben cómo hacer hermosos proyectos en papel, pero que no se ajustan a las leyes de los materiales de construcción. Por lo general, se cree que las personas de ese carácter se definen correctamente al tratarlos como teóricos puros, pero eso es incorrecto. No pecan por exceso, sino por insuficiencia teórica. No han estudiado a fondo la materia propia de su arte.

La materia propia del arte político es la doble perspectiva, siempre inestable, de las condiciones reales de equilibrio de las fuerzas sociales y de los movimientos de la imaginación colectiva. Nunca la imaginación colectiva, ni la de las multitudes populares ni la de las cenas de esmoquin, se ocupa de los factores realmente decisivos de una situación social dada; siempre se extravía, o se retrasa, o va por delante. Un político debe ante todo evitar su influencia y considerarla fríamente desde fuera como una corriente a emplear como fuerza motriz. Si escrúpulos legítimos le impiden provocar movimientos de opinión artificialmente y a golpe de mentiras, como se hace en los Estados totalitarios e incluso en otros, ningún escrúpulo puede impedirle utilizar movimientos de opinión que es incapaz de rectificar. Solo puede usarlos transponiéndolos. Un torrente no hace otra cosa que excavar un lecho, transportar tierra, a veces inundar; si se coloca allí una turbina, conectada a un torno automático, el torrente producirá pequeños tornillos de una precisión milagrosa. Aunque el tornillo no se parece al torrente y puede parecer un resultado insignificante en comparación con su tremendo rugido, algunos de estos pequeños tornillos colocados en una máquina grande pueden servir para levantar rocas que resistan el ímpetu del torrente. Puede suceder que un gran movimiento de opinión permita la realización de una reforma aparentemente no relacionada con él, y muy pequeña, pero que sería imposible sin él. Recíprocamente, puede suceder que, a falta de una pequeña reforma, un gran movimiento de opinión se quiebre y se desvanezca como un sueño.

Para dar un ejemplo entre muchos otros, en junio de 1936, cuando las fábricas estaban ocupadas y la burguesía temblaba ante la sola mención de la palabra soviét, habría sido fácil introducir el documento de identidad fiscal y todas las medidas adecuadas para reprimir el fraude y la evasión de capitales; en resumen, para imponer cierto civismo en materia financiera. Pero ello aún no era indispensable, y la ocupación de las fábricas acaparaba la atención del gobierno, así como la de las multitudes obreras y burguesas. Cuando estas medidas aparecieron como



el último recurso, el momento de imponerlas había pasado. Había que haberlo previsto. Había que haber aprovechado el momento en que el margen de maniobra del gobierno era más amplio de lo que nunca iba a serlo más tarde para poner en práctica al menos todas las medidas sobre las que habían vacilado los gobiernos de izquierdas anteriores, e incluso otras. Ahí es donde se constata la diferencia entre el político y el dile tante de la política. La acción metódica, en todos los terrenos, consiste en dar un paso, no cuando debería ser eficaz, sino cuando es posible previendo cuándo será eficaz. Quienes no saben cómo jugar así con el tiempo, están condenados a que sus buenas intenciones solo sirvan para allanar el camino del infierno.

De todos los fenómenos peculiares de nuestra época, hay uno que es digno de asombro y meditación; es la socialdemocracia ¡Muchas son las diferencias entre los diferentes países europeos, entre los diversos momentos críticos de la historia reciente, entre las diversas situaciones! Sin embargo, en casi todas partes, la socialdemocracia se ha demostrado idéntica a sí misma, adornada con las mismas virtudes, corroída por las mismas debilidades. Siempre las mismas intenciones excelentes que allanan el camino del infierno, el infierno de los campos de concentración. Léon Blum es un hombre de inteligencia refinada y una gran cultura; ama a Stendhal, sin duda ha leído y releído *La Chartreuse de Parme*; sin embargo, le falta esa punta de cinismo indispensable para la clarividencia. Se puede encontrar de todo en las filas de la socialdemocracia, salvo espíritus verdaderamente libres. La doctrina, sin embargo, es flexible, sujeta a tantas interpretaciones y modificaciones como se desee; pero nunca es bueno tener tras de sí una doctrina, especialmente cuando encierra el dogma del progreso, la confianza inquebrantable en la historia y las masas. Marx no es un buen autor para tomar decisiones; Maquiavelo es infinitamente mejor.